

habito



Cartas cruzadas: un hasta pronto



Ibagué, 25 de agosto de 2021

Queridos H. y A. L.:

Esta mañana, a diferencia de César Vallejo, me he puesto los húmeros a la buena y, a pesar de la lluvia, he decidido salir a dar un paseo. Salir a la calle como ese maravilloso personaje del relato de Robert Walser, *El paseo*: «Declaro que una hermosa mañana, ya no sé exactamente a qué hora, me vino en gana dar un paseo, me planté el sombrero en la cabeza, abandoné el cuarto de los escritos o de los espíritus y bajé la escalera para salir a buen paso a la calle». Y, en efecto, también he bajado la escalera para salir a buen paso a la calle. He traído conmigo, como suele ocurrir desde hace años: un libro, la pequeña agenda de tapas negras y un lapicero, también negro, por si encuentro un lugar para leer o por si se me ocurre algo que anotar; me anima el deseo de echarme a andar y abrirle paso a algunas ideas, imágenes o sensaciones que vienen rondando mi cabeza sobre ese asunto que ha estado presente en nuestras últimas conversaciones, esas nobles palabras que, a fuerzas de querer enunciarlas de otro modo, de querer imprimirles otro tono, otro ritmo, otra textura, se han vuelto esquivas, inquietas e inquietantes: *lectura y experiencia*.

Qué cosa más extraña es la lectura, y más aún cuando se encuentra próxima o rodeada por la palabra experiencia; con lo que esa palabra experiencia encuentra su resonancia en existencia. Por eso, cuando digo lectura, no estoy hablando de esa habilidad, competencia o claro proceso de decodificación de signos que apremia, la mayor de las veces, en el

espacio académico, que se nos impone como una acción transparente y objetiva y que se ‘aprende de una vez y para siempre’ en algún momento preciso de nuestra escolaridad, no dejando espacio alguno para la inquietud. No, yo lo que quisiera es ponerme en otro lugar, relacionarme de otra manera con esa palabra(s). Yo lo que quisiera es aproximarme a cierta idea que voy teniendo de la lectura como gesto. No sé cómo explicarles o, mejor, mostrarles esto. Es preciso echar mano de las analogías. Concédanme primero que los libros son similares a las personas, y en este sentido los hay cautivantes y difíciles, inocentes, torpes, necios, etc.; la lista y sus matices podría ser interminable. Ahora concédanme que la lectura corre la misma suerte que la amistad: es dual, recíproca y comienza con un detalle de simpatía que, en el fondo, lo es de admiración. Si me siguen, se podrán dar cuenta de que la lectura es en sí un gesto.

¿Cuántas veces el tono de una voz, una forma de sonreír, de toser, de pedir disculpas, nos han revelado en sí mismos la belleza o la perfidia de una persona? Sucede lo mismo con la lectura. Bastan unas cuantas palabras para establecer simpatía, prevenciones o rechazos con un autor. De inmediato puede adivinarse desde la sintaxis misma la grandeza o la pequeñez de esa persona, que en un tiempo no paralelo se encuentra dibujada entre esas líneas. Difícil no adivinar en Borges a un viejo exquisito, que cultiva palabras como preciadas flores; y uno como lector debe caminar con sigilo y asombro entre extrañas florescencias. En Sábato puede sentirse a un abuelo rabioso pero noble, indignado ante la estupidez del mundo. El otro día les conté de un cuento que dejé tirado porque el estilo pomposo y engalanado del autor se me antojó mezquino, a mí, deseoso lector que buscaba quizá un noble sendero donde echar a andar mi sensibilidad y pensamiento. Creo que ese autor encontrará los lectores apropiados y entre ambos se sabrán por siempre amigos (*Dios los crea y ellos se juntan*)...

Si la palabra *gesto* proviene del verbo *gestar* y designa una atención que ya es tensión, un movimiento de creación consciente, la lectura como

gesto es, entonces, un proceso *recreativo* donde el lector debe reinventar el rostro que se esconde detrás de esas palabras. Una vez que alcanzas la imagen completa, el autor te acompañará por siempre como amigo; no quiere decir que estarás siempre de acuerdo, pero, al igual que ocurre con los amigos, atenderás a esas palabras de un modo especial, singular, con mucho respeto.

Adivino en ustedes, del otro lado de estas líneas, tantos interrogantes. Lo cierto es que ustedes bien saben que no estoy en condición de dar respuestas. Hay una medida en la escritura que me invita a dejar el tema por el momento.

Los quiero dejar con una imagen a propósito de esta relación entre *lectura y experiencia*. Es una estampa de mi infancia. Serían las cuatro de la tarde de un día no tan caluroso de 1983. Mi abuelo, que para ese entonces trabajaba de jornalero en una finca, tomaba el fresco de la tarde, recostado en un viejo taburete a la sombra de un frondoso árbol en el patio de la casa; había terminado su jornada y se encontraba descansando. En sus manos sostenía un pequeño libro de pasta anaranjada, casi borrosa, en cuya portada aparecía un señor como esos que encuentras en los libros de historia. Era el *Almanaque de Bristol*. Yo jugaba al frente con alguna bagatela; ustedes saben que un niño puede jugar con casi cualquier cosa, una caja de cartón, una botella, en fin. De vez en cuando, reparaba en el rostro de mi abuelo. Era un rostro concentrado, dominado por la intriga y la sorpresa que se iluminaba cuando sonreía. Esos, los gestos de mi abuelo, queridos H. y A., y no las querellas de un profesor o los ambientes académicos, fueron los sortilegios que me acercaron a la lectura...

Me despido de ustedes, cómplices lectores.

Con afecto,

A. S. R.



Ibagué, 19 de septiembre de 2021

Querido A. S. y querido A. L.:

Mi corazón se va vaciando sin querer como un balde roto.

¡Cómo cansa todo cuando es una cosa definitiva!

Pessoa

Hay momentos en los que no logro conciliar el sueño. Tal como llega el día y se va el crepúsculo, se acerca una hora en la que, a pesar de que el reloj marca las doce, la lámpara que alumbra la oscuridad parece ir extinguiéndose y los ruidos más pequeños parecen tener peso. Es la misma hora donde experimento que las pocas palabras que logro lanzar o decir no las digo o arrojo al viento, sino que caen verticalmente al suelo. En el día siento una desolación extraña por habitar este tiempo cansado. Me pesa encontrar en las pocas palabras que escucho un sentido gastado como una cadena de anuncios. Siento que el día pesa y las condiciones en las que se me presenta, pero la noche, considerada la hora para descansar de las labores del día, se ha convertido para mí, tal vez para nosotros, en una hora donde todo parece tener un peso distinto. A la madrugada, las cosas más insignificantes o pequeñas suenan; a la madrugada, no solo tienen peso el sonido de los perros ladrando o de los gatos sobre el tejado; las palabras también pesan y retumban en la soledad de nuestra habitación; las palabras en la noche tropiezan. No sé si les ha pasado que tan solo una palabra basta para mantener nuestros ojos abiertos ante el mundo, una sola palabra, tan solo una, una que, como lo decía Juarroz, es un cuerpo hacia todo. A mí me basta con la palabra “experiencia” cuya sombra arroja un lugar donde se junta con otras palabras, un punto donde todos los puntos pasan. No me interesa saber lo que hay detrás de la palabra “experiencia”;

es más, no sé si pueda o sepa conocer qué hay detrás de una palabra o qué hay o puede haber detrás de una lectura. En lugar de forzar el decir, me dispongo a deslizarme con el decir. La palabra “experiencia” me ha llevado a la palabra “pobreza”, a la palabra “narración”, a la palabra “lectura”. Me basta una sola palabra para caminar con paso incierto y no temer ya a tomar una pluma y empaparla de tinta negra y decir, entretanto, que me desvanezco con el flujo desordenado de las palabras que en la noche toman más fuerza. En la noche creo sentir el desencanto del día, y en la madrugada, insomne, yo, compañera de Juarroz y de Kafka, puede por fin tenderse bajo el horizonte de una palabra, sintiendo el peso de lo que lentamente va creciendo en mi corazón. No quisiera más que pronunciar una sola palabra y no responder más que desde una palabra experienciada. Soy en este momento y cada día más un extranjero, quien no logra ver con claridad lo que en estos momentos su mano está escribiendo. La oscuridad ha velado con sus sombras una lectura diáfana.

H.



Ibagué, 1.º de octubre de 2021

Queridos amigos H. y A. S.:

De nuevo, acá me encuentro insomne, como de costumbre, con la pluma estilográfica en la mano y mi agenda sobre la mesa, tratando de hilar algunas palabras que quedan resonando de sus cartas. Recibí primero la de A., luego la de H.; ambas las leí en estas horas cuando puedo encontrar algo de silencio y lucidez. Las leí seguidamente, una tras otra, hasta que empecé a confundirlas un poco. Las palabras comenzaron a juxtaponerse, a cruzarse, a sobreponerse; sin embargo, me decían de la experiencia, de la lectura, de la escritura y esos gestos cómplices y amistosos que nos han unido.

Me dispongo, entonces, a contestarles en un silencio propio de las madrugadas, rayando páginas, dejando —la mayoría de las veces—irme tras las palabras, como si estas estuvieran escribiéndome a mí, como si fuera su escritura, transformándome en una palabra que se revela cuerpo. He compartido con ustedes que últimamente siento que soy un medio del lenguaje, que no digo palabras, sino que ellas me dicen y yo, incauto, trato de traducirme o, al menos, interpretarme.

Espero contestarles, de veras, espero hacerlo. Tengo la mala costumbre de desviarme del tema, de referirme a otras cosas y perderme entre pensamientos que son propios, pero también son ajenos, en este caso los suyos. No se imaginan la alegría que siento al recibir una carta; al empezar a leerla quedo sumergido en otro tiempo, y me imagino intemporal. Siento que esas palabras que llegan a mis manos han recorrido distancias insospechadas, que rompen el tiempo porque fueron escritas hace mucho y apenas llegan a mí en un sobre o en una botella. Siento que llegan a mis manos por un azar que no busco comprender, que renuncio a entender. Incluso, llego a pensar que se han equivocado los carteros y que estas cartas iban dirigidas a otro. Yo soy fortuito. Soy un irrespetuoso que lee palabras dirigidas a otro; no obstante, las tomo propias, las tomo para mí. ¡Qué deleite recibir una carta equivocada! ¡Qué maravilla contestarles a unos desconocidos y no saber con certeza que dicha respuesta llegará! Las cartas son misteriosas. Su escritura íntima, literaria, experiencial la hemos ido perdiendo, o, más bien, convirtiendo en un formato burocratizado que no emociona a nadie, que contrariamente oprime, fastidia, hastía. Sus cartas se me presentan como formas de otro tiempo, intempestivas, inactuales. Son una invitación a escribir, a contestar, a intentar decir algo. Agradezco por ello sus cartas. Cartas y agradecimiento, dos palabras en desuso, dos acciones olvidadas.

Hoy estoy nostálgico (¿cuándo no?). ¿Por qué hemos olvidado incluso agradecer? Quizá, porque no recibimos cartas ni las enviamos; esa experiencia también la hemos ido empobreciendo. Sus cartas traen imágenes,

remembranzas, recuerdos, que con mi veleidosa memoria empiezo a ficcionar y a creer que esos recuerdos, remembranzas e imágenes alguna vez los viví y fueron también míos; los vivo a través de sus palabras.

Ya les advertí que en ocasiones como esta no contesto del todo, me quedo pensando y tratando de escribir acerca de la carta como gesto, como recuerdo de lo no vivido o nostalgia de lo que nunca pasó. Percibo que con esto que pienso como carta, estoy contestándoles a su gesto, a sus cartas, pero no a sus pensamientos ni a sus palabras. Esta es, pues, una carta sobre otras cartas. Ese es el peligro, también la inocencia de las cartas. No sabemos para dónde van, por cuáles senderos nos llevan, a qué manos llegarán y qué oídos las escucharán; qué tristezas y alegrías revelarán.

Kafka le enviaba cartas que cruzaban Praga a Felice, y Proust a su vecina, quejándose del ruido; ambos, para mantenerse alejados. Yo les envío esta para permanecer próximo.

Agradecido con ustedes.

A. L.



